

EL IMPERIALISMO

Nociones generales para pensar su impacto a través del tiempo

Lorena Vergani y Pilar Labayen

Resumen

La expansión colonial ha sido central a lo largo de la historia mundial y ha alcanzado su máxima expresión hacia finales del siglo XIX, momento en el cual los centros de poder capitalistas se lanzaron a una carrera imperialista como consecuencia de la incorporación de nuevas potencias al proceso de industrialización, que más tarde conduciría al estallido de la Primera Guerra Mundial. Este capítulo aborda las características específicas de la *era imperialista*, sus consecuencias y su impacto en la Argentina.

Si bien a la hora de hablar del imperialismo podríamos remitirnos a la Antigüedad, en la historiografía se suele ubicar la Era del Imperialismo en el período transcurrido desde finales del siglo xix hasta comienzos del siglo xx. Autores como Susana Bianchi (2013), por poner un caso, lo ubican entre 1875 y 1914. Pero ¿qué fue lo específico de este período que lo ha diferenciado de momentos precedentes? La Era del Imperialismo se caracterizó por ser el gran momento en el cual las potencias capitalistas aspiraron a imponer su supremacía económica y militar en todo el mundo.

Por esos años, en un análisis temprano, Vladimir Lenin [1916] (2008) sostenía que ya no quedaba ningún rincón del globo sin dueño. Esto supuso un problema, ya que el reparto de tierra había sido desigual y varios países desfavorecidos pretendían recuperar el tiempo perdido. A las antiguas potencias coloniales, España, Portugal, Inglaterra y Francia, se añadieron nuevos centros de poder que, al incorporarse a la ola de industrialización, se encontraron en condiciones de disputar el control del mundo con el fin último de alcanzar posiciones hegemónicas y prestigio internacional.

El surgimiento de nuevas potencias alteró las relaciones de fuerza de los principales Estados. Al ampliarse el sector industrial era primordial el dominio de un mayor número de territorios para satisfacer fines principalmente económicos. De esta manera, se profundizó la brecha entre países centrales y periféricos, hegemónicos y dependientes y productores industriales o de materias primas, ya que el desarrollo del mercado global influyó en el rumbo de cada una de las naciones.

En las próximas páginas se abordarán algunas nociones generales del Imperialismo a partir de dos momentos: la crisis de 1873, llamada la Gran Depresión, y la *belle époque*, etapa de prosperidad previa al comienzo de la Primera Guerra Mundial. En los párrafos finales se hará una breve referencia al impacto del contexto imperialista en el caso argentino, seguido de algunas reflexiones a modo de cierre.

La Gran Depresión

La depresión de 1873 fue la primera crisis del sistema capitalista industrial liberal, generada por una saturación en el mercado frente al desequilibrio de la oferta y la demanda como consecuencia de la participación de muchos y pequeños productores capitalistas. La expansión industrial dio lugar a un incremento de la competitividad e hizo desaparecer la posibilidad de resguardar una posición consolidada. Si bien Inglaterra siguió siendo el centro organizador de la economía del mundo, comenzó a ver resquebrajado y puesto en disputa su poderío ante el advenimiento de nuevas naciones, como Alemania, Estados Unidos, norte de Italia, Bélgica, Holanda, Rusia y Japón. Al incorporarse tardíamente al desarrollo industrial, estos países lograron saltar etapas y obtuvieron en un corto tiempo

una gran producción en masa, ya que contaron desde el inicio con grandes fábricas y tecnología de avanzada que nada tenían que envidiarle a la británica. En palabras de María Dolores Béjar (2015), «en 1870, la producción de acero de Gran Bretaña era mayor que la de los Estados Unidos y Alemania en conjunto; en 1913, éstos dos países producían seis veces más acero que Reino Unido» (p. 18).

Ahora bien, lo que estaba en juego con la Gran Depresión no era la producción sino su rentabilidad, dado que resultaba preocupante la prolongada baja de los precios, del interés y de los beneficios. Dicha crisis tambaleó los principios del liberalismo económico y las tarifas proteccionistas pasaron a tener un papel central en el escenario internacional, a excepción del Reino Unido, que continuó defendiendo la libertad de comercio al no contar con un gran campesinado y por ser el mayor exportador de servicios financieros, comerciales y de transporte y el principal receptor de exportaciones de productos primarios del mundo.¹

En suma, la Gran Depresión fue una crisis de superproducción generada por el aumento de competidores de una misma rama industrial que no encontraban mercados suficientes para introducir el excedente. Sumado a ello, y como consecuencia de la Segunda Revolución Industrial, los países europeos necesitaban contar con materias primas de las que no disponían o escaseaban, como el oro, el cobre, el caucho, el petróleo, entre otros. El Imperialismo, por tanto, vino a ofrecer la solución en el momento en que se produjo la salida de las potencias centrales a la conquista del mundo.

La recuperación. *Belle époque*

A partir de 1890 la situación económica y el clima social comenzaron a recomponerse. La *belle époque* fue una etapa en la que las potencias europeas mostraron todo su peso: se instaló la lógica global del capitalismo y el imperialismo pasó a ser considerado una política de estado. En este marco, reinó un sentimiento de esperanza generalizada y de relativa paz entre las potencias que competían por el control de los mercados y la hegemonía mundial. La consolidación de un capitalismo monopólico financiero y la dominación de casi toda la periferia no europea fueron los dos rasgos característicos de esta etapa.

El pasaje de un capitalismo de libre competencia a uno monopólico financiero nació de la unión del capital bancario con el capital industrial. Era monopólico en tanto se produjeron fusiones de empresas y se restringió la diversidad de productores de una misma rama —ejemplo de esto son los Cartel y los Trust—. Era financiero ya que para superar la crisis del liberalismo era necesario obtener grandes inversiones de capital que ya no podían cubrirse con los aportes de un único capitalista. En este contexto, los bancos no solo otorgaron créditos a altas tasas de interés, sino que realizaron inversiones directas, lo cual los convirtió

en socios de la industria. En este contexto, signado por la concentración, el capital industrial y el financiero se volvieron *expresión de una rueda* controlada, a su vez, por sectores cada vez más reducidos; Lenin [1916] (2008) los caracterizó como oligarquía financiera.

La lógica monopolista que adquiere el capitalismo se combina, además, con la racionalidad productiva de la fuerza laboral. La salida a la crisis del capitalismo liberal se encuentra en la concentración empresarial —ya no había muchos y pequeños productores, sino pocas y grandes empresas industriales— y en la incorporación de técnicas que permitieron producir más en menos tiempo. Esto se puso en marcha a partir de las innovaciones que impulsó la gestión científica del trabajo de Frederick Taylor. El llamado Taylorismo transformó las estructuras de las grandes empresas y permitió incrementar la productividad contando con mano de obra semicalificada que solo debía tener la habilidad de repetir tareas impuestas por una máquina. De esa manera, se abarataron los costos y se optimizaron los tiempos de producción.

Los cambios que se produjeron en ese contexto hicieron de las economías nacionales economías rivales, donde los beneficios de una parecían amenazar la posición de las otras. No solo compitieron las empresas sino, también, las naciones. Expresión de esta competitividad fue que las zonas que no habían sido conquistadas hasta ese momento pasaron a serlo, como fue el caso de África y de Asia. Ningún estado del Pacífico conservó su independencia a partir de 1885. Unos pocos países (principalmente, Gran Bretaña, Francia, Alemania, luego se sumaron Estados Unidos y Japón), en su afán expansionista, se adjudicaron el control de esa amplia zona con el objetivo de saquear sus recursos naturales y humanos. Lenin [1916] (2008) agrega que la dominación no solo asumió el objetivo de conquistar territorios que permanecían *sin dueño*, sino que también buscó subordinar a aquellas naciones que, si bien lograron conservar su independencia política formal, vieron condicionado su desarrollo económico, como es el caso de muchos países latinoamericanos. A este tipo de dominación Lenin [1916] (2008) la llamó *semicolonia*. Béjar (2015), por su parte, se refiere a esos países como *semisoberanos*.

Los países americanos corrieron esta suerte debido a que las grandes potencias no mantuvieron una rivalidad pronunciada por sus territorios. Esto se vincula con el papel que desarrolló tempranamente Estados Unidos con la hábil estrategia de mantener bajo su ala el continente americano. En 1823, el presidente de Estados Unidos, James Monroe, lanzó la Doctrina Monroe en un contexto de poca influencia pero de mucha proyección. Dicho país había reconocido las independencias americanas y pretendía evitar la posibilidad de que Europa volviera a incidir en estas latitudes (esa sospecha estaba fundamentada en los preceptos de la Santa Alianza). La doctrina tenía dos pilares: uno se basaba en la advertencia sobre las consecuencias ante la intervención europea en América y el otro en la no injerencia del país en los asuntos entre los países del viejo continente. Lo cierto es

que la famosa frase «América para los americanos» sentó tempranamente las bases para que Europa se viera obligada a inventar otra estrategia de penetración en la zona, ya que pese al contexto imperialista no se planteó nunca desafiar dicha doctrina.

En todos los casos, los países latinoamericanos se incorporaron al mercado mundial como economías dependientes pero con consecuencias no necesariamente idénticas. Las características de los cultivos y de la clase hegemónica fueron dos de los elementos más trascendentes en la forma política y económica que tomaron los países de la región. Aquellos que pudieron organizar sus economías a partir de la figura estatal —al ser los propios terratenientes quienes ocupaban los puestos políticos— corrieron con cierta ventaja respecto de aquellos en los cuales la explotación de los recursos naturales estuvo directamente gestionada por la intervención de las potencias. La relación de sojuzgamiento que se establecía entre los países centrales y los países periféricos fue profundizándose ya que los primeros no solo continuaron exportando sus manufacturas sino que la novedad del capital financiero permitió convertir el dinero en una mercancía y así perpetuar el esquema dependiente a través de la lógica del crédito.

Si bien cuando se hace referencia al Imperialismo de fines del siglo XIX se atiende particularmente al reparto de Asia y África, no es menos trascendente la dinámica recién descrita bajo la cual se incorporó a América Latina a la lógica imperial. Por tal motivo, se reparará muy brevemente en la penetración de dicha lógica en el caso de la Argentina.

El caso argentino

En este contexto global signado por la impronta del Imperialismo, la Argentina experimentó un particular crecimiento de su Estado nación de la mano de la Generación del ochenta. Esta generación estaba conformada por un grupo de intelectuales y de políticos —conservadores y liberales— que gobernaron el país en el período 1880-1916 y tuvieron el firme objetivo de inscribir a la Argentina en la Modernidad (europea). Sus ideales se centraban en el positivismo, basado en las ideas de orden y progreso de Augusto Comte. Esta élite confiaba en el progreso fundado bajo la fe en el crecimiento económico, para lo cual era necesario imponer orden en una sociedad que había estado sumergida en una guerra civil prolongada. Estos hombres confiaban en que los avances y las innovaciones tecnológicas impulsarían el progreso en sí mismo. El líder del grupo y presidente de la Argentina en dos oportunidades, Julio Argentino Roca, encolumnó sus mandatos detrás del lema «Paz y administración», que sintetizaba el pensamiento liberal y conservador de la época.

La idea de progreso estaba intrínsecamente asociada a la de desarrollo, aunque no de cualquier tipo, sino uno que pusiera en sintonía a los países periféricos con los países

centrales. Así, a fines del siglo XIX, la Argentina se incorporó definitivamente al mercado mundial bajo el esquema de la división internacional del trabajo, propuesta por los países centrales y enmarcado en los principios del liberalismo económico. Esto implicaba la explotación de ventajas comparativas y subsumía al país a la especialización, exportando bienes primarios e importando bienes manufacturados, hacia los países desarrollados y desde ellos. De esta manera, la Argentina se convirtió en *el granero del mundo* para proveer de materias primas a Inglaterra, el *taller del mundo*. Como dijo Juan Argentino Roca (en Moreno, 2012) en ocasión de la celebración del pacto Roca-Runciman: «La Argentina es, por interdependencia recíproca, desde el punto de vista económico, una parte integrantes del Reino Unido» (p. 188).

El país ingresó al tren del progreso de la mano del modelo agroexportador y el desarrollo ferroviario fue expresión de esta lógica. Raúl Scalabrini Ortiz [1940] (1975) señalaba: «El ferrocarril fue el mecanismo esencial de esa política de dominación mansa y de explotación sutil que se ha llamado imperialismo económico» (p. 16). La manera en que se instaló y se diseñó la red de vías férreas estuvo estrictamente asociada a los fines productivos y extractivos de los intereses extranjeros y, particularmente, ingleses. A partir de esa red, encontraron la forma de volver más rápido y eficaz el traslado de las materias primas rumbo a los puertos para darle salida hacia Europa. Este esquema impulsó el crecimiento agropecuario y sus exportaciones, pero como contrapartida estranguló toda posibilidad de desarrollo de la industria local. Todo bien manufacturado consumido en el país era extranjero y muchas veces elaborado a partir de las propias materias primas argentinas. En definitiva, este tipo de desarrollo construyó un orden mundial favorable a las potencias europeas. Para los países periféricos, en cambio, implicó la subordinación total de sus economías a los intereses de las potencias.

Más allá de la cuestión económica

El impacto de la expansión imperialista no puede atenderse solo a lo estrictamente económico porque se encontró signado de diversas causas. Un asunto de singular importancia fue el factor demográfico. El florecimiento económico de los países europeos, en algunos casos, se reflejó en un gran aumento poblacional que en pocas décadas llegó a duplicarse. Si bien inicialmente este crecimiento fue bien acogido y entendido como progreso, con el tiempo se tornó un problema, no solo porque los recursos comenzaron a escasear a la hora de satisfacer las necesidades básicas, sino porque, y como consecuencia, empezaron a presentarse malestares sociales que contrajeron, a los ojos de la clase gobernante, desórdenes internos. Por tal razón, la obtención de territorios también implicó una salida para ese excedente poblacional que fue impulsado a emigrar en búsqueda de mejores condiciones de vida.

Asimismo, en algunos casos, el simple hecho de haber comprendido que la política de expansión colonial era el móvil general del momento funcionó como incentivo para tomar partido por ella:

¿Dejarán que otros que no seamos nosotros se establezcan en Túnez, que otros que no seamos nosotros se sitúen en la desembocadura del río rojo [...], que otros que no seamos nosotros se disputen las regiones del África ecuatorial? [...]. En esta Europa nuestra, en esta competencia de tantos rivales que crecen a nuestro alrededor [...] la política de recogimiento o de abstención no es otra cosa que el camino de la decadencia (Ferry [1885]² en Duroselle, 1983, p. 225).

Así, las naciones europeas y, posteriormente, las extraeuropeas, como Estados Unidos y Japón, no solo buscaban incrementar y dominar la economía global, sino, también, alcanzar posiciones estratégicas de diversa índole con respecto a otros territorios y, así, consolidar su prestigio internacional y convertirse en centros hegemónicos.

Por último, cabe destacar un factor que podríamos caracterizar como *deber civilizatorio*. El modo de fundamentar la dominación se amparaba en una adscripción a las teorías de Charles Darwin sobre la evolución de las especies por selección natural. Desde esta posición, se sostuvo que, al igual que las diferentes razas o especies, las sociedades más avanzadas contaban con el derecho y el deber de imponerse sobre un otro considerado inferior y no civilizado. Así, «la supervivencia del más apto» se transformó en la máxima del darwinismo social, una ideología que sostenía la existencia de pueblos superiores a otros y favorecía e impulsaba la expansión. Las poblaciones europeas entendían que la tarea de civilizar era una misión nacional y que, al ser ellos parte de *la raza blanca*, era natural pretender conquistar pueblos inferiores. Estas cualidades los convertían, desde su mirada, en la raza gobernante. Para lograr esa imposición fue necesario hacer uso de la violencia como método legítimo para la dominación de determinados pueblos, que dio lugar a justificaciones que en aquel momento reinaron los discursos de la época:

Sin duda, en el momento en el que se realizaron las conquistas ha habido derramamiento de sangre, ha habido pérdidas de vidas entre las poblaciones nativas [...] para llevar a esos países un tipo de orden disciplinado; pero debemos recordar que esta es la condición de la misión que debemos cumplir. [...] No se pueden destruir las prácticas de barbarie, de esclavitud, de superstición, que por siglos han desolado el interior de África, sin el uso de la fuerza (Chamberlain, 1897).

El imperialismo persistente

A esta altura del desarrollo cabe preguntarse en qué medida los principios del imperialismo continúan vigentes en el presente. Si bien, y como ya ha sido mencionado, la historiografía ubica esta etapa de 1870 a 1914, podemos identificar a lo largo de la historia ciertos rastros persistentes. Si se piensa en el caso argentino, puede rápidamente mencionarse la cuestión Malvinas como expresión del colonialismo en el siglo XXI, el proceso de fuerte extranjerización de la producción y el consumo a lo largo de la historia, la presencia recurrente del Fondo Monetario Internacional (FMI), por mencionar algunas cuestiones. Este último factor es un ícono de la lógica de sumisión que ha estado presente durante los períodos más detestables de la historia reciente, como fue la dictadura cívico militar de 1976, los gobiernos de Carlos Menem durante los años noventa y el actual gobierno de Mauricio Macri, quien ha contraído deuda con este organismo, una vez más, en nombre del progreso y el desarrollo y condenó a generaciones enteras a la pérdida de la autonomía económica. Los acontecimientos en el marco del reciente G20 afirman esta pérdida de independencia nacional, dado que el trasfondo de los debates apuntó a que países como la Argentina profundicen la flexibilización laboral, allanen los caminos para las privatizaciones, la mercantilización de la vida y, fundamentalmente, arbitren los medios para facilitar las inversiones privadas (Argentina mejor sin TLC, 2018).

Otro ejemplo de la persistencia de la lógica de sumisión se reflejó en las palabras del presidente Mauricio Macri, en el marco de los festejos por los doscientos años de la independencia: «[Estoy acá] tratando de pensar y de sentir lo que sentirían ellos en ese momento. Claramente deberían tener angustia de tomar la decisión, querido Rey, de separarse de España» (La Gaceta, 2016, 00:01:10). Cabe reflexionar acerca de si en este planteo sobre el proceso de independencia se cimienta la manera en la que el actual gobierno piensa los vínculos políticos y económicos. Esto habilita algunas preguntas: ¿se juegan elementos de añoranza respecto de la tutela europea? ¿Hay vestigios de correspondencia con el *deber civilizatorio*?

Lo que este capítulo recupera son algunos de los rasgos generales que han caracterizado a la lógica del imperialismo a lo largo del tiempo, en particular para pensar su impacto en la Argentina. Pese a lo arbitrario del recorte, como supone cualquier escrito, se ha intentado argumentar acerca de la persistencia de cierta mirada sobre lo foráneo como sinónimo inequívoco de progreso y de salvación mientras la historia nos ha confirmado, en reiteradas oportunidades, que esa mirada solo beneficia a unos pocos y perjudica a las mayorías.

Referencias

Argentina mejor sin TLC. (23 de noviembre de 2018). Lo que deberías saber sobre el G-20 en Argentina-PorArgentinamejorsinTLC.Nodal.NoticiasdeAméricaLatinayelCaribe.Recuperado de <https://www.nodal.am/2018/11/lo-que-deberias-saber-sobre-el-g-20-en-argentina-por-argentina-mejor-sin-tlc/>

Béjar, M. D. (2015). *Historia del siglo XX*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Bianchi, S. (2013). *Historia del Mundo Occidental*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.

Chamberlain, J. (31 de marzo de 1897). Discurso pronunciado en la cena anual del Instituto Real de Colonias, en el hotel Metropole. Recuperado de <http://carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar/carpeta-1/fuentes/el-imperialismo/fuente-1-el-discurso-imperialista/?searchterm=Chamb>

Duroselle, J. B. (1983). *Europa de 1815 hasta nuestros días*. Barcelona, España: Labor.

La Gaceta. (9 de julio de 2016). Macri brindó un discurso desde la Casa Histórica al cumplirse 200 años de la Independencia [Archivo de video]. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=R2FCHepqRgQ>

Lenin, V. [1916] (2008). *Imperialismo. Fase superior del capitalismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Libertador.

Moreno, N. (2012). *Método de interpretación de la historia argentina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: El Socialista.

Scalabrini Ortiz, R. [1940] (1975). *Historia de los ferrocarriles argentinos*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Plus Ultra.

Notas

1• Inglaterra fomentó el crecimiento de las inversiones como consecuencia de su interés por extender las vías férreas y, de ese modo, generó condiciones favorables para el traslado de materias primas e insumos necesarios para la industria. Sumado a ello, el barco a vapor permitió inundar el mundo de productos manufacturados en menor cantidad de tiempo, de manera tal que los puertos sufrieron readecuaciones frente a las nuevas necesidades comerciales.

2• Jules Ferry (1832-1893) fue un político francés, partidario del imperialismo colonial y de su expansión. Fue ministro de Instrucción Pública (1879-1881 y 1882) y presidente del Consejo de Ministros (1880-1881 y 1883-1885).